

Los trabajos del túnel seguían avanzando lentamente, pues la montaña en aquel punto no presentaba gran consistencia y era preciso asegurar con fuertes maderamen la parte ya socavada.

Vigilada personalmente por Edward Russell, la perforación internábase precisa en busca de la veta ~~masiza~~ que, según todos los cálculos, debía concentrar a las tres en explotación.

Calzando gruesas botas herradas, cubriendo su amplio busto con una blusa de cuero, enguantadas las manos, el gringo se internaba por el túnel para indicar el sitio donde había que poner los tiros. Su cachimba llenaba de aroma sabroso la sombría oscuridad en que jadeaban veinte hombres. La piedra suelta era lanzada al abismo en donde rebotaba largamente, prolongando sus ecos. Al principio se hizo la extracción por medio de capachos de cuero, mas luego fue preciso instalar

vaguetas, cuyos rieles se adentraban en la cueva.

Don Vicho, el capataz, viendo aquellos trajes, movía la cabeza con aire de consternación.

- No me gustan nada estas cosas - masculaba - El mister ha estudiado mucho, pero no toma en cuenta lo que saben los viejos a fuerza de machucarse.

Junto a él, Zaita Chuma ^{Lucas} ~~Lucas~~ filosoficamente un cigarro, ^{vertiendo un ob-} ~~que sus ma-~~ curo tabaco de su bolsita labrada en una hoja ~~de maíz suavizada a filo de cuchillo.~~ de maíz suavizada a filo de cuchillo.

- tanto trabajo por una mina que apenas da cuarenta gramos! - dijo a su vez, mientras daba saliva al envoltorio para pegarlo.

- No, no, si la ley no es mala - ~~le~~ le replicó don Vicho con apresuramiento - Yo hablo del modo de trabajar.

~~Lucas~~ Zaita Chuma se rió socarronamente, y por sus ojos lagrimeros

pasó un fulgor despreciativo.

- Minna buena es la min, Vicho. Claritos de oro, ¿no te acuerdas?, metal para entarlo con cincel.

Su risa cascada dejaba ver las encías negras y sin dientes.

- Pero falta encontrarla todavía, pues, Churra.

- ¡Y qué tanto más ha de pasar! El domingo anduve por Talamí, y el Zolín se puso a gemir encima de una roca, ^{sin querer morirse.} ya me ha pasado unas cuantas veces por ese mismo lado. Para mí que los ^{brutos} animales ven más que uno. Quizás si el indio se le apare- ^{alperito} cior en esa parte.

Miró con desconfianza hacia los lados. Después, ya convencido de que nadie podía escucharlo, prosiguió en un susurro:

- La noche se me vino encima bus- cando por la falda de Talamí. Cuando ya

me venía, ~~Tolín se~~ se aparrugó el
entre unas matas y comenzó a mirar para
un lado. Volví las vistas y ¡a que no
sabes lo que vi?

- Não se me ocorre.

- Un pajarito lo mismo que fuego
que salía de entre unas piedras. Volaba
el pajarito y ~~volvía~~ se devolvía como
queriendo mostrarme algo.

—, El alicante! — musitó don Vi-
cho, con los ojos brillantes.

— ¡El alicanto, Vicho! Y donde hay alicanto, tiene que haber oro. Te juro por mi madre que al otro viaje lo encuentro, aunque tenga que pasar un mes acampado en los riscalos. ¡Te juro por mi madre, Vicho!

Miraba hacia el poniente, con las pupilas encendidas por el fulgor de las nubes. El sol estaba ya cayendo, y todo era un incendio sobre el cielo.

- Oro, Vicho, como ese oro del

cielo que ahora estamos mirando!; Oro para tomarlo con las manos y verlo! tantos años buscando, toda mi juventud perdida en socavones... Pero ahora voy a ser rico, vamos a ser millonarios. ; Tienes que irte conmigo, Vicente, si no, podrían robarme la mina!

Reía, iluminado, sus manos aleteaban, en sus pupilas había llanto.

— Tendré como una reina a la Tudolina, mi hija, que tan mala suerte ha tocado. Se acabó la miseria, Vicente. ; Oro para recogerlo a puñados! El indio no podía mentir. Siete leguas, ya siete leguas queda Zalami. Y ahí está el alicanto. Dejé marcado para volver el domingo...; Oro en clavitos, así como la punta del cigarro!

Edward retornaba de las labores y se quedó mirando hacia el valle, en la dirección de El Repecho.

- ¡Quiere venir, don Vicho?

Se acercó el capataz, dejando a Zaita Chuma poseído de un delirio.

- Mande no más, patrón.

- ¡Ve? - le señalaba con la mano hacia abajo - ~~Es~~ Por aquí yo quiero tirar el andarivel.

- Pero esa puntilla estorba, pues, don Eguar.

- La vamos a volar hasta rebajarle cincuenta metros. Ahí se pondrá una de las torres de fierro para sostener el cable. Hasta hombres podrían llevar los capachos. Y por ahí mismo nos llegarán las provisiones desde El Repecho. Ahora ~~el invierno~~ ^{no será} un peligro el invierno.

Su voz era precisa, y a través de ella sentíase resonar el fragor de los tiros y el rezongar de las poleas.

- Detrás de la puntilla se levanta una roblaría. Tenemos que limpiar

un techo para que los capachos no se enreden. Calculo que serian cinco meses de faena.

- Si, si - apoyaba Jon Vicho, sin convicción. - ; Va a contratar más gente?

- Cuarenta hombres. Un primo mio viene de capatza. Le escribi el mes pasado. Tambien vamos a necesitar otra cocinera. ; Conoce alguna mujer que pueda venirse?

- Podrian llegar a un acuerdo con mi hermana Rosenda que vive en Rancagua.

- Cuando baje El Pecos, mandele recado. Le ofrezco ciento ochenta pesos mensuales.

Al dia siguiente comenzó un apretado trajinar de mulas entre El Repecho y el campamento. Edward habia contratado una tropilla suplementaria para el acarreo de maderas ^{y planchas de zifre.} En la tarde llegaron carpinteros y comenzó el trazado

de amplios galpones ~~destinados~~ ^{que servirían de} ~~de~~ bodegas para herramientas y materiales y para albergue de los obreros.

En verdad, con la llegada de los operarios del túnel, hallábase complicado el problema del alojamiento. Los camarotes, que sólo podían contener doce camas, habían hecho espacio para dieciséis, y allí se hacinaban los hombres entre protestas y maldiciones, sobre todo cuando alguno de los del fondo quería salir de noche para ^{satisfacer} ~~relajar~~ alguna necesidad impostergable.

Con aquellas nuevas faenas, el Encanto comenzaba a tomar el aspecto de una pequeña ciudad en construcción. A la hora de salida ~~del turno~~ ^{del cuadrilla} ~~diurna~~, la explanada llenábase de voces y figuras cobrizas, que bromaban, reían o cantaban en espera de la comida.

A las siete semanas de em-

pezados, ya estaban concluidos los gal-
pones, y desde arriba podía escucharse
el zumbido sordo de los camiones que
llegaban hasta El Repecho, cargados
con ~~alambres~~ ^{cables de acero}, herramientas y torres
de fierro a medio armar.

~~Just~~ Tras los carpinteros llega-
ron algunos mecánicos, y en lugar
de una, fue preciso contratar dos mu-
jeres más para atender la cocina.
Una de ellas era Rosenda, la herma-
na de Don Vicho, una viejecilla
enteca y arrugada, pero movediza
como una ardilla. Su voz chillona
comenzó a fluir con persistencia de
chorro desde que llegó al campa-
mento, y ya no tubo tranquila
un instante la lengua. Para el oído
de los mineros llegó a tornarse cosa
habitual ese desborde inagotable de
rezongos, consejos, advertencias y
pelambres que parecía formar una

atmósfera sonora en torno a su cuerpo huesoso. Ya esturriero "armando" el almuerzo, pelando papas o fregando cacharros, su boca no descansaba. Reprendía a los perros, llamaba con destemplados gritos a El Pecos, sostenía interminables monólogos frente a Emilia, la cual oía sus palabras sin tiempo para intercalar siquiera un monosílabo.

- Hacían falta caturras - dijo Pedro Barraza.

Y La Caturra se llamó desde entonces la vieja Rosenda.

La otra cocinera tenía facciones de pájaro y pupilas de asombro perenne. Parecía no hacer sombra en ninguna parte y por su forma silenciosa de deslizarse, apareciendo en el sitio que menos la esperaban, recibió el nombre de La Perdiz. Los mineros iniciaron de inmediato el

asedio, pero ella parecia no compren-
der, y a lo sumo respondia con una
risa inarmónica y sin vibración.

— ¡Esta tonta es lea! — comentó
Erasmo Zúñiga, lo cual no fue nin-
gún obstáculo para que siguiera re-
quadrándola y procurando atraparla
en cualquier rincón obscuro.

La Perdiz pareció inclinar sus
predilecciones hacia Ciriaco Pardo.

~~— Estos se van a llevar horas
y horas sin decirse nada.~~

Era el primero a quien servía el plato
y el sumo a quien se quedaba mi-
rando con sus ojos redondos e inex-
presivos.

— ¡Ya, jetón! — le instó una
tarde Manuel González —. La Perdi-
cita te anda poniendo el plato.

— Una de estas noches voy a
largarme para su pieza — le respondió
Ciriaco.